



La primera vez que se vieron, aunque no lo sabían porque aún no eran conscientes de la existencia del otro, fue en *The Immortal Hour*,<sup>1</sup> que se representaba ante un patio de butacas casi vacío en King's Cross; pero ambos acudían tan a menudo y el público de aquella época, al ser tan escaso y disponer de tanto sitio, llamaba tanto la atención que quienes asistían con frecuencia pronto acababan conociéndose de vista y sintiéndose inclinados a saludarse con un gesto y una sonrisa, lo que también les sucedió a Christopher y Catherine.

Ella se fijó en él la noche de su quinta visita, cuando antes de que se levantara el telón oyó a dos personas hablando justo detrás y una dijo con voz orgullosa: «Esta es mi undécima vez», y la otra respondió con despreocupación: «Yo ya he venido treinta y dos veces», ante lo cual exclamó la primera: «¡Vaya...!», con el mismo tono de un globo pinchado que se desinfla, por lo que no pudo evitar

<sup>1</sup> *The Immortal Hour* («La hora inmortal») es un drama musical compuesto por Rutland Boughton (1878 - 1960) a partir de poemas de Fiona McLeod, basados a su vez en el mito irlandés *The Wooing of Etain*. Estrenado en Glastonbury en 1914, gozó de más de trescientas representaciones en el Regent Theatre de Londres entre 1922 y 1923. Combinando elementos wagnerianos con un espíritu folclórico y, como parábola de la fugacidad del amor, esta ópera aborda temas como la muerte, la belleza, el amor y la inmortalidad. (*N. de la T., como todas las demás*).

volver la cara, iluminada por el interés y la diversión, para mirar. Así reparó por primera vez en Christopher, y este en Catherine.

Después de aquello, advirtieron la presencia del otro en tres representaciones más; entonces, siendo la novena para ella y la trigésimo sexta de él —pues los entusiastas de *The Immortal Hour* llevaban celosa cuenta de su asistencia—, al encontrarse sentados en la misma fila, con solo doce butacas vacías entre los dos, él se acercó seis cuando cayó el telón entre las dos escenas del primer acto y, cuando volvió a bajar al finalizar, tras la escena de amor que en cada ocasión provocaba en el grupito de incondicionales una suerte de místico frenesí de deleite, salvó las seis restantes y se sentó audazmente a su lado.

Ella le dedicó una sonrisa amable y acogedora.

—Es tan hermoso —dijo él a modo de disculpa, como si eso bastara para explicar su acercamiento.

—Hermosísimo —dijo ella antes de añadir—: Es la novena vez que vengo.

Y él dijo:

—Para mí esta es la número treinta y seis.

Y ella dijo:

—Lo sé.

Y él dijo:

—¿Cómo lo sabe?

Y ella dijo:

—Porque le oí comentárselo a alguien cuando dijo que ya había venido treinta y dos veces y, desde entonces, las he ido contando.

Así se hicieron amigos, y Christopher pensaba que jamás había visto a nadie con una sonrisa tan dulce ni oído a nadie con una voccita tan graciosa, como un arrullo.

Toda ella era menuda; una mujer pequeña con un sombrerito que no necesitaba quitarse nunca porque casi nunca había nadie detrás y, de todas maneras, aunque se hubiera puesto un tocado enorme, con su tamaño no era de las que obstaculizaran la vista.

Siempre llevaba el mismo, y tampoco variaba su atuendo. A pesar de que la ropa era bonita, muy bonita, él tuvo la sensación, quizás porque eran siempre las mismas, de que no le sobraba el dinero, y también de que era mayor que él, solo un poco, nada que importase lo más mínimo; y al final, de alguna manera, también empezó a tener la sensación de que estaba casada.

La noche de la última sensación, le sorprendió lo mucho que lo exasperaba. ¿Qué le pasaba? ¿Se estaba enamorando? Si ni siquiera sabía cómo se llamaba. Era la representación número catorce para ella y la cuarenta y ocho para él —pues desde que habían trabado amistad, acudía con más frecuencia que nunca con la esperanza de verla, y las propias jóvenes del montaje lo miraban como si lo conocieran de toda la vida— cuando aquella fría sensación penetró en su cálido y confortable corazón, cortándole ese bienestar de raíz; y no fue porque le hubiera visto alianza alguna, pues jamás se quitaba los absurdos y pequeños guantes..., sino porque era algo indescriptible que hacía imposible que fuera una jovencita.

En vano trató de traducirlo en palabras, siguió siendo indescriptible. Y, ya tuviera que ver con los contornos de su silueta, más redondeados que los de la mayoría de las chicas en aquellos tiempos de planicies, o con las cosas que decía, por su vida que no lograba encontrarlo. Tal vez fuera su compostura, su aire de serena seguridad, de ser capaz de hacer amigos con cualquier joven desconocido, tomarlo y dejarlo sin más, cuándo y cómo quisiera.

Sin embargo, tal vez no fuera así. Siempre estaba sola. Antes o después, si había maridos, estos hacían acto de presencia. Ningún marido de mujer tan dulce la dejaría salir sola de noche, pensaba él. Sí, seguro que se equivocaba. No sabía gran cosa de las mujeres. Hasta ese momento solo había tenido relaciones esporádicas y bastante insatisfactorias, así que no podía comparar. Y aunque ya se habían sentado juntos varias veces, solo habían hablado de *The Immortal Hour* —con gran entusiasmo por parte de ambos—, su música, sus cantantes y las leyendas celtas en general, y al final ella siempre le ofrecía aquella

sonrisa que lo obnubilaba, se despedía con un gesto de la cabeza y se escabullía, por lo que en realidad nunca habían llegado más lejos que la primera noche.

—Mire —dijo, o más bien farfulló, la siguiente vez que la vio allí (ya iba a sentarse a su lado sin pensárselo dos veces)—, tal vez podría decirme cómo se llama. Yo soy Monckton. Christopher Monckton.

—Por supuesto —respondió ella—: Cumfrit.

¿Cumfrit? Le pareció un nombre curioso, pero en cierto modo iba con ella.

—¿Cumfrit... —aguantó la respiración— a secas?

Ella se rio.

—Ah, precedido de Catherine.

—Me gusta. Es bonito. Juntos suenan dulces y bonitos. Son..., vaya, resultan muy apropiados para usted.

Ella volvió a reír.

—Pero los dos no son míos del todo —dijo—. El Cumfrit se lo debo a George.

—¿A George? —titubeó.

—Él aportó el Cumfrit. Yo solo puse el Catherine.

—Entonces..., ¿está usted casada?

—¿No lo está todo el mundo?

—¡Santo cielo, no! —exclamó—. Qué estado tan desagradable. Es odioso. Ridículo. Atarse a alguien para siempre y demás historias. ¡Todo el mundo! En absoluto. Yo no lo estoy.

—Ay, pero es que usted es demasiado joven —respondió ella, divertida.

—¿Demasiado joven? ¿Y usted?

Ella le lanzó una mirada fugaz con el rostro teñido de duda, pero esta se tornó verdadera sorpresa cuando vio que lo había dicho completamente en serio. Él pensó que tenía la cara triangular, como la flor del pensamiento, como un gatito. Quería acariciársela. Estaba

seguro de que sería de una tersura y una suavidad exquisitas. Y ahora estaba George.

—¿A su... marido no le gusta la música? —preguntó, soltando lo primero que le vino a la cabeza, sin que en realidad le interesase lo más mínimo saber qué le gustaba o le dejaba de gustar al dichoso George.

Ella vaciló.

—No... no lo sé. No solía gustarle.

—Pero ¿no viene al teatro?

—¿Cómo va a venir? —Se quedó parada antes de añadir con voz suave—: El pobre falleció.

A Christopher el corazón le dio un vuelco. Era viuda. Entonces, aquella maldita guerra sí había tenido algo bueno: había quitado de en medio a George.

—Vaya, lo siento en el alma —exclamó con inmensa seriedad y tratando de mostrarse solemne.

—Ay, fue hace mucho tiempo —dijo ella, agachando un poquitín la cabeza al recordarlo.

—No puede hacer tanto.

—¿Por qué no?

—Porque no puede usted haber tenido tiempo.

Ella volvió a lanzarle una mirada fugaz y, una vez más, no vio sino sinceridad. Se quedó callada un momento. Pensó: «Qué dulce es», y una tenue sonrisa melancólica se le insinuó en el rostro. ¿Cuántos años tendría? Veinticinco o veintiséis; nada más, seguro. Qué encantadora era la juventud, tan despreocupada, tan generosa y franca en sus admiraciones y creencias. Aquel era un joven alto y grácil, con pecas y el cabello flameante, y unas muñecas coloradas y huesudas que le asomaban por las mangas cuando se sentaba y apoyaba la cabeza en las manos durante la escena de amor, apretándolas cada vez más cuanto más amor había. Tenía los ojos profundos, una frente ancha y de bellas formas, y una boca grande y amable;

irradiaba juventud, así como los descontentos y los rápidos enfados y las todavía más rápidas apreciaciones que la juventud conlleva.

Reprimió un pequeño suspiro y rio al tiempo que decía:

—Solo me ha visto de noche. Espere a verme a la luz del día.

—¿Me lo permitirá en algún momento? —preguntó él vehementemente.

—¿No viene nunca a las *matinéés*?

Ya sabía ella que no.

—Ah, las *matinéés*. No, por supuesto que no puedo venir a las *matinéés*. Me paso la semana deslomándome en la maldita oficina y los sábados voy a jugar al golf con un tío que en principio va a dejarme todo su dinero.

—Debería valorarlo como merece.

—Y lo valoro. Hasta ahora no me importaba, pero es una imposición de mil demonios cuando uno quiere hacer otra cosa. —La miró compungido antes de que el rostro se le iluminara—. ¡Los domingos! Los domingos estoy libre. Mi tío es muy religioso, así que los domingos no juega. ¿No podría...?

—Los domingos no hay *matinéés* —replicó ella.

—No, pero ¿no podría ir a verla? ¿Visitarla en su casa?

—Shhh —dijo, levantando la mano, pues había comenzado la música del segundo acto.

Y al acabar, una vez más, antes de que él pudiera articular palabra, mientras todavía pugnaba con el abrigo, ella se escabulló como siempre tras despedirse con un ademán.

La vez siguiente, sin embargo, él se mostró más determinado, y se lanzó desde el principio. Tenía la impresión de no haber dejado de pensar en ella ni un instante y era absurdo no saber nada de alguien que uno no se quitaba de la cabeza, salvo el nombre de pila y que el marido había muerto. Claro que eso ya suponía una gran diferencia, y que el marido hubiera muerto lo aliviaba hasta tal punto que no podía evitar pensar que debía de estar enamorándose. Todos los maridos deberían estar muertos, reflexionó, eran un engorro, una

complicación. ¿Qué habría pasado si George estuviera vivo? Caramba, para empezar la habría perdido, habría tenido que renunciar a ella de inmediato, casi antes de que surgiera nada. Y él estaba tan solo y ella era..., bueno, ¿qué no era ella? Era todo lo que llevaba años soñando: dulzura, y calor, y bienestar, y consuelo, y amor, todo ello en un pequeño paquete.

La vez siguiente, pues, en cuanto ella apareció, fue hasta donde se había sentado y se lanzó. Iba a preguntarle sin ambages si podía ir a visitarla, organizarlo, pedirle las señas; pero dio la casualidad de que aquella noche llegó tarde y apenas había abierto la boca cuando se atenuaron las luces y ella levantó la mano y dijo:

—Shhh.

De nada serviría susurrarle lo que deseaba, porque los incondicionales, aunque pocos, eran acérrimos y no toleraban sino un silencio absoluto. Además, mucho se temía que ella también prefiriera la música a nada de lo que él tuviera que decir.

Se sentó de brazos cruzados y esperó. Tuvo que hacerlo hasta el último momento del acto; lo intentó de nuevo cuando cayó el telón entre las dos escenas y solo tocaba la orquesta, pero uno de los incondicionales, indignado, lo mandó callar.

Ella también levantó la mano y dijo:

—Ay, shhh.

Él comenzó a sentirse un poco fuera de *The Immortal Hour*. Pero por fin acabó el acto y las luces se encendieron de nuevo. Ella se volvió con el rostro sonrojado y la música brillándole aún en los ojos. Siempre se sonrojaba y los ojos le brillaban al final de la escena de amor: ni siquiera él era capaz de ver aquel precioso y precipitado abrazo de los amantes sin sentirse extraordinariamente conmovido. Dios, verse abrazado así... Estaba hambriento de amor.

—¿No es maravilloso? —suspiró ella.

—¿Alguna vez me va a permitir ir a verla? —le preguntó él sin perder un segundo más.

Ella se quedó mirándolo un momento, poniendo en orden sus pensamientos, algo sorprendida.

—Por supuesto —respondió—. Hágalo, aunque... —Se detuvo.

—Adelante —dijo él.

—Lo que iba a decirle es que ¿acaso no me ve bastante?

—¿Es que esto es verse?

—Bueno, son dos o tres veces a la semana.

—Sí, pero ¿esto es verse? Tan solo coincidimos. Usted llega, sin más, y luego desaparece. Y en cualquier momento podría hasta no llegar, y entonces...

—¡Pero bueno! —concluyó ella al ver que callaba—. En ese caso tendría toda esta maravilla para usted solo. No creo que jamás hayan interpretado esta última parte mejor que hoy, ¿verdad?

Y en ese momento empezó una vez más, con su voccecita de arrullo, a hablar de *The Immortal Hour*, y él no tuvo oportunidad de meter baza hasta que la endemoniada música arrancó de nuevo y los incondicionales, como una sola voz, soltaron sus «shhh».

El entusiasmo, pensó Christopher, debería tener límites, olvidando que el suyo al principio había superado con mucho el de ella. Volvió a cruzarse de brazos, señal en su caso de determinada y ceñuda paciencia, y cuando acabó la función y ella fue a desearle buenas noches con una sonrisa y marcharse a paso vivo sin mediar más palabras, no perdió el tiempo en ponerse el abrigo, tan solo lo agarró y fue tras ella.

Le costó no perderla de vista. Podía abrirse paso por huecos en los que él no cabía y a punto estuvo de escapársele a la vuelta de las escaleras. No obstante, la alcanzó en la escalinata exterior, justo cuando iba a aventurarse bajo la lluvia, y le puso la mano en el brazo.

Ella se dio media vuelta, perpleja. A la luz de las lámparas extrañamente potentes que los teatros encienden para la entrada y salida de los asistentes, le sorprendió el cansancio en su rostro. La música había sido demasiado para ella; se la veía agotada.

—Escuche —dijo Christopher—, no salga corriendo así. Está diluviando. Espere y le pediré un taxi.

—Ay, pero si siempre voy en metro —respondió, sujetándose a él un instante cuando un grupo de personas la empujaron al pasar.

—¿Cómo va a ir en metro esta noche, con esta lluvia? Además, se la ve cansadísima.

Ella lo miró de una manera peculiar y soltó una risita.

—Ah, ¿sí? —respondió—. Pues no lo estoy, en absoluto. Y desde luego que puedo coger el metro. La parada está aquí al lado.

—Ni hablar. Quédese aquí sin mojarse mientras le pido un taxi. —Y echó a correr.

Por un instante, Catherine se sintió tentada de marcharse camino del metro como siempre y volver a casa por sus propios medios, porque ¿por qué iba a tener que verse obligada a pagar un taxi, con lo caros que eran? Pero entonces pensó: «No, sería indigno de mí, indigno. Debo intentar comportarme con cortesía...». Así que esperó.

—¿Adónde le digo que la lleve? —preguntó Christopher, que había conseguido un taxi y la había subido a él sin atreverse a declarar que era su deber conducirla sana y salva a su casa.

Ella le dio la dirección —el 90A de Hertford Street— y él se preguntó por un instante por qué, si vivía en una calle a la que llegaba la mismísima brisa de Park Lane, pues quedaba a la vuelta de la esquina, no solo no tenía automóvil, sino que andaba cogiendo el metro.

—¿Desea que lo acerque a alguna parte? —preguntó ella, inclinándose hacia delante en el último momento.

Él se subió al taxi como una exhalación.

—Cómo esperaba que me lo propusiera —dijo, cerrando la portezuela con tanto ímpetu que una lluvia de gotas le cayó sobre el vestido desde lo alto del marco de la ventanilla.

Él tuvo que limpiárselas, cosa que hizo con inmenso cuidado y uno de sus pañuelos que, por desgracia, no era de los nuevos. Ella, mientras tanto, permaneció inmóvil, repasando la función de esa

noche, señalando, describiendo, recordando, mientras él, conforme la secaba, concluyó que ya estaba más que harto de *The Immortal Hour*. Basta, que parase. Debía hablar con ella, tenía que averiguar más sobre su persona. Se moría por conocerla mejor antes de que el taxi, veloz como un demonio, llegase a su casa. Y ella, mientras el vehículo los zarandeaba con furia, no hacía más que declamar y extasiarse.

Esa era una buena palabra, pensó en cuanto le vino a la cabeza; y tanto le gustó que la pronunció en alto:

—Desearía que no se extasiara tanto —dijo—. No lo haga, al menos durante los próximos minutos.

—¿Extasiarme? —repitió ella desconcertada.

—¿No se ha mojado los zapatos? ¿Al cruzar la acera encharcada? Seguro que los tendrá empapados...

Entonces se agachó y empezó a limpiarle también el calzado con el pañuelo.

Ella lo miró algo sorprendida, aunque sin reaccionar. Ser joven era así. Uno echaba a perder un bonito pañuelo limpio en los zapatos sucios de una mujer sin pensárselo dos veces. Observó el espesor de su cabello cuando se inclinó sobre su calzado. Había olvidado lo denso que podían llegar a tener el pelo los jóvenes después de tanto tiempo sin contemplar más que cabezas entradas en años.

Para Christopher, en la penumbra del taxi, ella estaba igualita que en su sueño; el sueño cálido, redondo, acogedor y delicioso que los diablos solitarios como él tenían siempre, abrazados con pesar a la almohada. Y en cuanto a sus pies..., de pronto dejó de secárselos. Sentía que el próximo arrebató le haría ponerse de rodillas y besárselos, y se temía que a ella no iba a gustarle, se enfadaría y no le permitiría volver a verla jamás.

—Ha estropeado su pañuelo —señaló ella cuando Christopher se lo guardó, lleno de barro, en el bolsillo.

—Yo no lo veo así —respondió, con la mirada fija en las ventanillas delanteras, sentado muy recto en su rincón, porque no se fiaba de sí mismo y tenía un miedo mortal a no saber comportarse.

Tenía bastante claro que se había enamorado, y perdidamente. La idea lo hacía muy feliz, dado que por primera vez estaba, como él decía, enamorado de verdad. Todas las otras veces habían sido odiosas y le habían dejado un regusto muy desagradable. Aun así, anhelaba con todas sus fuerzas enamorarse: como era debido, de una persona inteligente y educada, además de adorable. Las tres cosas, pero de ellas la más importante era que fuese adorable.

La miró por el rabillo del ojo. Ya no parecía cansada. Qué ideales eran estos taxis oscuros, lo único que faltaba era que la otra persona también estuviera enamorada. ¿Llegaría a estarlo ella alguna vez? ¿Volvería a estarlo, o todo amor quedó enterrado con el canalla aquel de George? Ella le había tenido cariño, lo había llamado «pobre»; claro que uno podía llamar «pobre» con facilidad a los muertos y tenerles cariño en proporción al tiempo transcurrido desde que dejaron de estar vivos e incordiar.

—¿Dónde quiere que lo deje? —le preguntó.

—Nos hemos pasado —respondió Christopher—. O digamos que el taxi no se ha acercado. Vivo en Wyndham Place. La acompañaré hasta su casa y luego le pediré al taxista que me lleve.

—Es usted muy amable, pero permita que pague mi parte.

—Por cierto —continuó apresurado, interrumpiendo con un gesto impaciente lo que anduviera haciendo con el bolso, porque ya estaban cruzando vertiginosos Berkeley Square y sabía que se le acababa el tiempo—, aún no me ha dicho si puedo ir a verla. Me gustaría muchísimo ir a verla. Son tantas las cosas que quiero decir..., vaya, que me gustaría oírle decir. Y no hacemos más que hablar de esa endemoniada *Immortal Hour*.

—¿Cómo? Pero si pensé que le encantaba.

—Por supuesto que me encanta, pero no lo es todo en la vida. Y ya le hemos dado su momento de gloria, ¿no cree? Permítame ir

a verla. Yo... —iba a decir: «Me moriré si no la veo», aunque se temía que eso la asustara, pero que lo ahorcaran si no era casi la verdad pura y dura; en cualquier caso, enseguida rectificó— estaré en Londres el próximo domingo, todo el día.

Se encontraban al principio de Hertford Street. Recorrieron la calle a toda velocidad. Todavía hablaba cuando llegaron a la altura del 90A. El taxi se detuvo con un chirrido de frenos: era un taxi violento, el más violento que hubiera cogido jamás; y pensar que podría haber tenido la suerte de tomar uno de esos viejos, lentos y cautelosos, conducido por un patriarca barbudo de los que siempre le tocaban cuando tenía que coger un tren o llegaba tarde a una cena y que frenaban en cada cruce con una cortesía anticuada y cedían el paso hasta a las carretas...

—¿Podría pasarme el domingo que viene? —preguntó, viéndose obligado a inclinarse por encima de ella para abrirle la portezuela, puesto que, al ver que él no se movía y seguía sentado sin más, ella se disponía a abrirla sola—. No, no salga —se apresuró a rogarle, dado que ya parecía que fuera a hacerlo—. No se quede esperando bajo la lluvia. Aguarde aquí mientras voy a llamar al timbre.

—Pero mire, tengo llave —dijo ella—. Además, ahí está el portero de noche.

Allí estaba, sí; y abrió la puerta en cuanto oyó detenerse el taxi.

—Entonces, ¿el domingo? —preguntó Christopher con desesperada insistencia mientras la ayudaba a bajarse.

—Sí, venga a verme —dijo ella, sonriéndole amistosa con su sonrisa adorable y haciendo que su humor se elevara hasta el cielo—. Pero este domingo no —añadió, haciendo que cayera de golpe a la tierra.

—¿Por qué este domingo no? —inquirió—. Estaré libre todo el día.

—Sí, pero yo no —respondió con una carcajada, porque él la divertía—. Al menos estoy segura de que hay algo... —Frunció el

ceño, tratando de recordar—. Ah, sí. Stephen. Le había prometido que lo acompañaría.

—¿Stephen?

El corazón se le paró. Ahora que lo de George había quedado zanjado, por completo y para bien, resulta que llegaba Stephen.

En ese momento, con la puerta a punto de cerrarse a sus espaldas dejándolo solo, una luz cálida y reconfortante iluminó su entendimiento: Stephen sería su hijo, su único hijo, su querido niño. Por odioso que resultase pensar en ello —la institución del matrimonio era en verdad de lo más deplorable—, George se había perpetuado y aquel delicado pequeñín, aquella primorosa y blanda criatura, había sido el vehículo para cumplir el absurdo deseo de que perdurase su estúpido apellido.

—Supongo... —dijo, reteniéndola, con el sombrero aún en la mano y la lluvia cayéndole en la cabeza descubierta mientras el portero sujetaba la puerta abierta y los observaba— que lo llevará al zoo, ¿no?

No se le ocurría otro lugar mejor para Stephen que el zoo en domingo, así que al zoo iría él también, y así volvería a echar un vistazo a aquellos monitos tan alegres.

—¿Al zoo? —repitió ella con perplejidad antes de echarse a reír—. Me pregunto —añadió, con el rostro radiante por la risa— por qué iba a creer usted que Stephen querría que lo llevase al zoo. Pobre —otro «pobre» más, y esta vez vivo—, pero si tiene mi edad.

Que tenía su edad. Stephen.

Ella se despidió con la mano.

—Venga algún otro domingo —alzó la voz mientras la puerta se cerraba.

Christopher se quedó mirándola un momento. Luego, con lentitud, se dio media vuelta, se caló el sombrero mientras bajaba los escalones y ya se alejaba bajo la lluvia, perdido en los pensamientos más dolorosos, caminando como un autómatas de vuelta a casa, cuando el taxista, al darse cuenta con asombrada indignación de que

todavía no le habían pagado, lo trajo de vuelta a sus obligaciones al gritarle con brusca grosería:

—¡Oiga!